



Ponente¹

VICENTE CUQUERELLA GAMBOA

Capitán de Fragata de la Armada Española

Yo casi preferiría seguir escuchando.

Bueno, señor decano, los marinos sí que jugamos con ventaja. No porque juguemos en casa, sino porque no es necesario llevar nuestra fe a nuestra profesión porque ella sola viene; viene solita a nuestro puesto de trabajo.

Encima, además, si tenemos la gran suerte de participar en una misión como es la Operación Sophia, donde los buques de la Armada Española llevan rescatadas de morir ahogadas a 14.000 personas, pues, comprenderán que es realmente fácil para nosotros compartir la fe y el amor de Dios con los que nos rodean.

Estos son los que nos rodean en la Operación Sophia: el prójimo. El prójimo con el que normalmente nos encontramos son personas con una historia desgarradora a la espalda, que lo han abandonado todo huyendo de las guerras, del terror y del hambre. Son seres humanos a los que, después de mil peripecias, cuando alcanzan las costas libias, las mafias los hacinan en hangares y los someten a todo tipo de vejaciones hasta que, un buen día, los sacan, los aprietan en ridículas embarcaciones y los lanzan al mar. Ya de camino les roban el motor de la embarcación, con lo cual, quedan a la deriva hasta que nosotros los recogemos, si no un golpe de mar les hace volcar y se ahogan todos porque no sabe nadar nadie. Cuando los rescatamos, realmente, la expresión en sus miradas es indescriptible. El señor de abajo a la izquierda es un abogado al que le acabo de decir que se ha muerto su mujer embarazada de ocho meses, que no hemos podido rescatarla.

Me quiero detener un poco, por favor, permítanme hablar de este prójimo. No por nada sino, simplemente, porque soy un gran defensor de la oración y de la comunión de los santos, así que si de esto les puedo arrancar una oración o un sacrificio lo daré por bien empleado.

De las múltiples conferencias y entrevistas que les damos una vez a bordo, cuando les recibimos, hemos averiguado que los puntos de partida son

¹ Transcrito por audición.

Agadez y Jartum. Ahí es donde se encuentran con las mafias que les prometen el oro y el moro: les prometen un viaje seguro y un trabajo estable en Europa a cambio de unos 600 euros por persona, que para ellos es muchísimo. El primer problema se lo encuentran al cruzar el desierto del Sáhara, hacia el norte, porque está lleno de ladrones. Ladrones que si no les matan, les roban todo lo que tienen de valor, incluida la gasolina de los camiones y, entonces, tienen que seguir andando. Los que lo consiguen, dos de cada tres aproximadamente, llegan al punto de avituallamiento, que es Sabha. En principio, es un punto intermedio para avituallarse y seguir caminando hacia el norte pero, en realidad, en Sabha lo que les espera son unas mafias de una violencia extrema, que les dicen que les den otra vez 600 euros porque a ellos no les han dado nada. Y como ya casi ninguno tiene ni un duro, los venden como esclavos en el mercado de esclavos que hay en las afueras de la ciudad, en un aparcamiento.

Esto es real. Esto está pasando ahora mismo. Los ponen en fila así y se produce la compraventa. Por un hombre fuerte pueden pagar más o menos un precio de 3.000 euros, y por una esclava sexual algo menos. Pero esto es lo que está sucediendo.

Los que consiguen salir de ese infierno, siguen su camino hacia el norte y llegan a la costa libia, normalmente Zawiya y Sabratha, en las que les esperan otras mafias. En este caso ya no les exigen 600 euros, les exigen 400. Y como nadie los tiene les hacen trabajar de sol a sol a una razón de tres euros al día, hasta que saldan su deuda. Eso con los hombres; con las mujeres hacen otras cosas en las que no me quiero detener. Los que sobreviven, una buena noche cogen y los meten ahí, en estas embarcaciones. Aún queda algún padre de familia, sobre todo, que protesta por la calidad de la embarcación. Las mafias cogen y le pegan un tiro en la cabeza, directamente, y lo dejan en la playa para que no cunda el pánico. Entonces se meten en tropel en la embarcación a razón de 150 personas por cada una de las embarcaciones.

Algunos intentan pagar un poquito más y pagan por un chaleco salvavidas, lo que pasa es que es un chaleco falso que no aguanta el peso de un adulto y se van al fondo con él si naufraga la embarcación. Si consigue aguantar la embarcación y llegamos a tiempo, rescatamos a los que podemos y, en ocasiones, no queda mucho que rescatar.

Esta transparencia es la talla de la Virgen del Carmen del puente de gobierno de la Fragata Navarra, a la que no paré de rezar para que supliera mis múltiples deficiencias y limitaciones con su mirada de madre a estos hermanos que parece que han nacido para sufrir golpeados, desahuciados y humillados. Y además, en el puente invitaba a rezar a quienes querían rezar, que había unos cuantos. Fueron sumándose poco a poco.

A algunos inmigrantes no los meten en esas balsas, sino que los meten en balsas de madera, lo cual parece que es mejor, pero como van abarrotadas, corren el riesgo de volcar muy fácilmente. Porque es que, además, si ustedes ven, en esa foto parece que está hasta arriba, pero, en realidad, solo es la tercera parte. Hay tres cubiertas: hay dos más que miden un metro de alto y son para los que pagan menos. Se meten ahí. No pueden ir ni de pie ni sentados, porque son muchísimos, y entonces van de cuclillas. De cuclillas varios días.

Ni que decir tiene que los de las cubiertas más bajas, si vuelca la embarcación, se ahogan; no hay forma de rescatarlos. Si llegamos a tiempo, rescatamos a los de las cubiertas de arriba y, si llegamos un poco más tarde, ni siquiera a todos. Esto está pasando en el siglo XXI, muy cerquita de nosotros, en el Mediterráneo central. Y yo soy testigo directo.

El momento de los rescates es realmente complicado, porque son personas con el alma rota. Están psicológicamente destrozadas, son víctimas del pánico y todas quieren ser rescatadas las primeras. Eso es muy peligroso, porque puede producir que se vuelque la embarcación y, como he dicho, no saben nadar, así que se ahogarían todos en cuestión de segundos.

Lo primero que tenemos que hacer es intentar tranquilizarlos y, una vez tranquilizados, les damos chalecos; pero chalecos de verdad. Luego rescatamos a las mujeres y a los niños. ¿Por qué? Si ven, esa embarcación está llena de gente; son, como he dicho, 150 y no se ve ni un solo niño ni una sola mujer. Bueno, pues, rescatamos a 34. ¿Dónde van? Están debajo de los hombres. Están aplastados por ellos y, muchas veces, mueren asfixiados. Estamos ahí sacando a los niños.

Las mafias, para ahorrarse las petacas de combustible, echan la gasolina directamente en la cubierta y enganchan el tubo de entrada al motor directamente a la cubierta. En cuanto entra un poquito de agua, la mezcla de gasolina y agua produce unas quemaduras horrosas sobre todo en la piel de los niños, que es más frágil.

Además, los tablonos de las cubiertas están unidos entre ellos por unos tornillos que sobresalen hacia arriba siete centímetros y que se les clavan como cuchillos. No se pueden separar de ellos, porque las embarcaciones van abarrotadas y, entonces, se los clavan. Muchísimos acuchillados tuvimos que curar. Una vez que acabamos de sacar a las mujeres y a los niños procedemos con los hombres y los salvamos a todos.

Terminado lo que es el rescate, pasamos de ser pescadores de hombres a ejercer el rol del buen samaritano. Lo más difícil es curarles las heridas del alma, pero lo siguiente es que paren de comer. Porque es impresionante. Llevan varios días sin comer y son capaces de comerse, sin pestañear, tres

platos de pasta. Es impresionante. Y se podrían poner enfermos, con lo cual intentamos aguantar. A veces les ponemos una cruz cuando han comido y ellos se tapan la cruz: “No he comido”. “Pero si llevas tres cruces”.

A ese, al de delante, le dejamos comer un poquito más, porque al tío lo acabábamos de rescatar, no sabía nadar y aun tosiendo se lanzó a salvar al de detrás, que se estaba ahogando. Total, que nos hizo una faena, porque tuvimos que sacar a los dos medio ahogados. Este chico era muy salado, tenía unos 14 o 15 años. Perdió a toda su familia en el tránsito. Al último, a su padre, en la playa, y aun me dice un día (sabía inglés, un chaval culto): “Es mi primer viaje a Europa”. Y yo: “Joder, macho, como si fuera en Iberia, espero que la próxima vez vayas de otra forma”. Muy simpático.

En los más de cuatro meses que estuve al mando de esta operación, tuvimos momentos realmente intensos y yo, el éxito de algunos de ellos, no me lo explico sin intervención divina. Uno de ellos fue el temporal este de mar, trombas de agua, de noche, que rescatamos a 340 personas. Las olas de seis metros, las trombas de agua, la noche, el frío –estábamos en diciembre–, complicaban muchísimo la operación, que duró más de ocho horas. Al final, hasta tuvimos que sacar a un voluntario que, por cierto, acababa de tener un hijo hacía dos días en España, para que saliera por la borda; lo descolgamos por la borda con el cable de la grúa de nuestra embarcación para que fuera bajando y subiendo uno a uno a los catorce niños que no podían subir por la escalera. Era su única oportunidad de subir a bordo. Había que ver cómo los abrazaba con su cuerpo para protegerlos de los golpes. Solo él sabe los golpes que se dio. En ocasiones incluso había olas que lo cubrían por encima y el tío con el bebé o el niño abrazado, y no lo soltaba. Y desaparecían de nosotros y volvían a aparecer. Realmente impresionante. Incluso sacó a un niño, a un bebé de cinco días que venía en una caja de zapatos medio deshecha del agua. Realmente fue impresionante. En este caso, la Virgen del Carmen nos ayudó, nos sacó totalmente del atolladero y salvamos a todos.

Fíjense, por favor, en la fecha. Creo que pone 19 de diciembre, ¿no? Allí en España estábamos ya comiendo turrón. Tenemos que recuperar un poco el sentido verdadero de la Natividad del Señor.

Otro caso fue que una vez vimos una balsa salvavidas, de estas que lanzan los aviones de rescate, una balsa cubierta. Eran dos, estaban cerradas y no le di importancia, porque tenía muchísimo trabajo y no tenían prioridad. Yo no sé si fue mi ángel de la guarda o el de ellos el que, justo cuando ya nos íbamos, me dijo: “Vamos a investigar”. Y mandé investigar y nunca se me olvidará la cara de mi oficial. Yo andaba con los prismáticos mirando a mi oficial, a ver qué veía, cuando se corrió la cortina y vio lo que había dentro.

Había 36 niños, 18 en cada balsa, y no había ningún adulto. Luego nos enteramos de que un avión de salvamento había sobrevolado sobre una embarcación que se estaba hundiendo y lanzó estas dos balsas. Al parecer, los adultos optaron por salvar a sus hijos, a los niños, y ellos se ahogaron. Estuvimos dos días buscándolos por todos lados y no encontramos a nadie; no llegamos a encontrar nunca a estos maravillosos padres que se inmolaron por sus hijos.

Esta es una niña que acaba de darse cuenta de que su hermano, que iba en la otra balsa, está vivo. Y con la Fragata Navarra al fondo.

Los niños son increíbles. A la mañana siguiente ya estaban todos correteando por la cubierta como si no hubiera pasado nada. Además, habían llegado los Reyes Magos, porque les habíamos comprado un montón de juguetes antes de salir del puerto de España, por si se daba este caso, y se lo estaban pasando “pipa” por ahí por cubierta. Recuerdo en particular una niña de unos tres años que nunca había visto un juguete. Le regalamos una muñeca de trapo y había que ver cómo la abrazaba. Era imposible quitársela; ni nosotros ni ninguno de los otros niños. Estuvo abrazada a la muñeca durante los dos días que duró la travesía.

También vivimos un momento muy feliz, que fue el nacimiento de la niña Muna, la víspera de Nochebuena, y que acaparó la portada del ABC de Nochebuena. La madre, muy agradecida, le quiso poner como segundo nombre “Navarra”. Y entonces se llama Muna Navarra la niña. Anda por ahí.

Esto es una madre que acaba de reencontrarse con su hijo y que merece cualquier sacrificio que hubiéramos podido hacer. Para que luego digan que el amor no es capaz de transformar el mundo.

En fin, para no cansarles, realmente fueron unos meses muy intensos en los que todos vivimos, tuvimos muy presente a Dios más que nunca. Se palpaba en el ambiente. Se notaba que él nos estaba dando la gran oportunidad de hacer el bien con mayúsculas. Se notaba en todo: se notaba al ocaso, cuando por orden del general se reza la oración marinera; se notaba en la misa en cubierta; me empeñé en traer un sacerdote que estuvo con nosotros durante cuatro meses haciendo una labor extraordinaria. A la misa de cubierta, al principio, iba yo solo y, al final, cada vez iba más gente. Se notó en los villancicos de la misa en Nochebuena, en la mar, impresionante; se notó también en el concurso de belenes y en el concurso de crismas. Ese es el que ganó. El tío se ganó una pata de jamón; bueno, una paleta, pero de jabugo. Y se notó también en la bendición del mar que hicimos en recuerdo emocionado a todos aquellos que entregan su vida en la lucha desesperada para salir de donde están y en la búsqueda de una vida digna, lejos del terror, de las guerras y del hambre.

Quisiera ponerles un vídeo que compusimos –son tres minutos– en el barco. Además, alguno sale de lo que les he contado.

Ahí nos están diciendo que hay una embarcación a la deriva y que hay traficantes que están todavía en contacto con ellos y lo primero que tenemos que hacer es intentar pillar a los traficantes. Lanzamos el helicóptero.

Ahí a la derecha se han quedado los inmigrantes y vamos a por los malos.

[Aplausos]